

A LAS ORILLAS DE TRÍPOLI

Primeros años del siglo XIX. Mientras Europa se desangra bajo las botas de los ejércitos de Napoleón, los recientemente independizados Estados Unidos luchan en un teatro de operaciones muy diferente. Aunque la época parece más propia de tramperos y exploradores del Oeste, es entonces cuando, sorprendentemente, las barras y estrellas cruzan armas por primera vez con la media luna. La guerra, entre 1801 y 1805, tiene curiosas resonancias de conflictos posteriores: ciudades árabes bombardeadas, unidades de *marines* combatiendo entre las dunas del desierto, políticos estadounidenses urdiendo planes para reemplazar gobiernos... En los albores mismos de su andadura, el águila americana muestra sus garras al mundo.

La cosa viene de atrás. Cuando, en 1783, el Tratado de Versalles ratifica la independencia de las trece colonias, estas se encuentran con que no disponen de una marina de guerra que merezca ese nombre. Y, sin la protección que antaño les daba la flota inglesa, los mercantes norteamericanos que cruzan el Mediterráneo pasan a ser presas fáciles de los piratas berberiscos. En 1784, el bergantín *Betsy* es apresado, y sus tripulantes son confinados a pan y agua en las mazmorras de Argel. A este le siguen otros, y el Congreso de los Estados Unidos no ve otra solución que pagar el rescate, y un tributo anual a los países berberiscos.

En 1801, Yusuf Karamanli, pachá de Trípoli, saluda la inauguración de Thomas Jefferson como nuevo inquilino de la Casa Blanca pidiéndole doscientos veinticinco mil dólares. Jefferson se niega, y Karamanli ordena a sus hombres que corten el mástil de la bandera del consulado norteamericano. Lo que, en esas latitudes, se entiende como una declaración de guerra.

Pero Estados Unidos ya no es el recién nacido indefenso de antes. Jefferson manda una escuadrilla formada por cuatro buques de guerra al Mediterráneo, y uno de ellos, el *Enterprise*, derrota y hace prisionero al barco corsario *Trípoli*. Como el Congreso no ha declarado la guerra oficialmente al pachá, los americanos no pueden quedarse con su trofeo, que vuelve a puerto con una sola vela, sin cañones, y con sólo veinte de sus ochenta tripulantes. Karamanli, fuera de sí, ordena que el capitán sea azotado públicamente, y paseado por la ciudad en burro y de espaldas.

Tras este incidente, los berberiscos se cuidan mucho de atacar a los estadounidenses, y estos se limitan a servir de escolta a sus mercantes. Y así están las cosas, en una guerra que más parece una farsa, hasta que, dos años más tarde, el comodoro Edward Preble, un

oficial enérgico y audaz, toma el mando de la flota –para entonces, considerablemente reforzada –, y procede a bloquear los puertos libios.

Pero, en octubre de 1803, los norteamericanos sufren un importante revés. El USS *Philadelphia* embarranca en un arrecife que no figuraba en las cartas mientras persigue unas embarcaciones enemigas. Aunque su capitán hace que se arrojen al mar los cañones y el palo trinquete, le es imposible volver a poner a flote la fragata, y tiene que acabar rindiéndola, junto con toda su tripulación, a los piratas. Irónicamente, dos días más tarde una tempestad libera al barco, que es arrastrado al puerto, un importante refuerzo para el bando berberisco cuando sea reparado.

Lo que Preble de ningún modo está dispuesto a permitir.

Viendo que recuperar el *Philadelphia* es misión imposible, los norteamericanos optan por destruirlo. Así, la noche del 4 de febrero, una partida de voluntarios, comandada por el teniente Stephen Decatur, entra en el puerto de Trípoli a bordo de un queche capturado. Un piloto que sabe árabe convence a las autoridades portuarias de que les dejen amarrar al lado del *Philadelphia* y, para cuando los libios descubren el engaño, ya hay americanos a bordo de su antiguo barco. Los centinelas son rápidamente reducidos, los hombres de Decatur incendian el *Philadelphia*, y el queche sale indemne de la bahía, pese al furibundo aunque tardío cañoneo de las baterías costeras. Esta acción causa sensación en Estados Unidos, cuyo congreso condecora a Decatur y lo asciende a capitán, y el mismísimo almirante Nelson llegará a calificarla como “el acto más atrevido de nuestro tiempo”.

Preble mantiene el bloqueo y, a lo largo del verano de 1804, ordena varios ataques contra los barcos anclados en Trípoli y contra la misma ciudad, incluyendo dos bombardeos nocturnos que siembran el pánico entre la población civil. En el más espectacular de ellos, el USS *Intrepid*, un queche cargado de explosivos, se desliza sigilosamente hacia el muelle donde descansan la mayor parte de los buques corsarios, con el fin de incendiarlos. Es avistado, las baterías de la ciudadela se ceban en él, y una bala de cañón impacta de lleno en la pólvora. El *Intrepid* estalla en mil pedazos, y con él todos sus tripulantes.

En septiembre, Preble es sustituido por el comodoro Samuel Barron, quien detiene la ofensiva aunque no así el bloqueo. Y quien, junto con William Eaton, antiguo cónsul en Túnez y ahora “agente naval para los estados berberiscos”, diseña una estrategia muy distinta para hacer hincar la rodilla a Karamanli.

Dos meses más tarde, Eaton desembarca en Alejandría, entabla contacto con Hamet Karamanli, hermano de Yusuf y pachá de Trípoli hasta que fue derrocado por este, y le propone formar un ejército mercenario para restablecerle en el trono. Hamet acepta, y entre los dos reúnen una abigarrada hueste de cuatrocientos árabes, griegos y bereberes, a la que se suman tres buques de guerra norteamericanos, y

un pequeño destacamento de *marines* al mando del teniente O'Bannon. Y el 8 de marzo de 1805, la columna deja atrás Alejandría.

Tras superar dos motines, las infernales temperaturas del desierto de Libia, y varias tormentas de arena, la expedición llega a las afueras de Derna, la capital de la región de Cirenaica, y, tras un combate de una hora, toma la ciudad. Y, aunque sólo ocho soldados estadounidenses participan en la batalla, esta pasará a formar parte de la mitología del cuerpo de los *marines*: la frase "*to the shores of Tripoli*" será incluida posteriormente en su himno y, todavía hoy, se entrega a cada oficial que se gradúa un "sable mameluco", en recuerdo del que Hamet Karamanli regaló al teniente O'Bannon.

Eaton, ebrio de victoria, quiere continuar hasta Trípoli y deponer al pachá, pero le detiene la noticia de que este ha firmado la paz con el cónsul americano en Argel. Según los términos del acuerdo, Yusuf se compromete a liberar a los tripulantes del *Philadelphia* y a no apresarse más barcos que lleven la bandera de las barras y estrellas. A cambio, recibe sesenta mil dólares, cantidad mucho menor que la que había pedido en primer lugar. En Derna, Eaton se encuentra con que no tiene dinero para pagar a su ejército, y se embarca a toda prisa junto con Hamet –quien se queda sin el trono que le habían prometido–, los *marines*, y los mercenarios europeos, dejando a los musulmanes a que se las compongan como puedan.

Es 1805, año de las decisivas batallas de Trafalgar y Austerlitz, y poca gente presta atención al fin de esta pequeña guerra. Pero, doscientos años más tarde, cuando los cañones napoleónicos hacen mucho tiempo que enmudecieron, los descendientes de Preble, Decatur, Eaton y O'Bannon siguen combatiendo en las arenas del desierto.